

Libertad

“LA LIBERTAD SE HA HECHO CONSERVADORA...”, (Maura)

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Salamanca, trimestre. 1 pta.
España, id. 1 fd.

Número suelto, 5 cts.

REDACCIÓN

Juventud Maurista

ADMINISTRACIÓN

Centro Maurista

PLAZA MAYOR, 34

El señor Gasset en Salamanca

La conferencia del Liceo.-Isidro, enamorado.-Galanteos a la Liga. Palabras melosas.-Don Enrique que habla.-La tragedia del “Comercio”.-¡Vaya con Dios don Rafael

Don Rafael Gasset inauguró el domingo pasado el curso de conferencias que se propone desarrollar la Liga Agraria.

De Madrid vino con el conferenciante el Sr. Pérez Oliva, candidato futuro para las próximas elecciones. Llegó la mañana del domingo. Un sol luminoso, espléndido, regaba las ruas de chorros de oro. Grupos compactos de labriegos, de gente de toda condición y linaje discurrían por la calle Toro camino de la coquetona bombonera del Liceo.

Un ansia febril, apremiante, fundía los rostros en un espejismo de impaciencia. Los grupos se arremolinaban conjuntos a la puerta del teatro que trasegaba impertérrita masas humanas de espectadores.

Llegaba el Sr. Oliva apretando su mano sobre las que se le tendían aduladoras, pedigüeñas, mendicantes. Y su eterna y perenne sonrisa se trenzaba a sus labios que apañucaban un veguero voluptuoso. A su rededor la fiel camarilla prodigábase afectuosa, abrazos, galanteos y pipopos. Detrás un poco mustio el señor Olivera paseaba su mirada desencantada sobre la reata claudicante.

Más grupos llegaban en un perenne ronroneo de conversaciones, de saludos, de rivalidades. El señor Teso discurría errabundo, de aquí para allá, febril, calenturiento, apretando manos, prodigando sonrisas, golpeando los hombros rotundos que ceñían la ropita dominguera de las huestes rurales. Penetramos en el Liceo. Un hormiguero de personas rebullía por los pasillos desperdigándose por las localidades. Iba cuajándose la sala. En un palco, el señor Unamuno con su nariz corva, hería mimoso las sillas presidenciales con sus lentes ovalados; a su lado, el señor Boiza añoraba la dulce perspectiva de codearse con un prohombre.

En otra platea el Sr. Requejo se mesaba su nevado bigote punzador. El Sr. Dorado Montero hundía su cabeza monda sobre su pecho nobilísimo. Un clamor de rezongueo, carraspeante y rumoroso subía de la sala cristalizándose en una gama de matices indefinidos. Corría el señor Teso ultimando detalles, zascandileando por todo los sitios.

El Sr. La Riva con su copa flameante se lamía sus bigotes lacios. Sonaron palmas. La avalancha humana fué colocándose en sus asientos. En la presidencia, el Sr. Gobernador posó sus reales en el sillón director. Apareció el Sr. Gasset con su línea cortante de aguilinidad, cabalgando su nariz puntiaguda sobre su bigotillo ensortijado. Su pelo planchado en una fina raya olía a bándolina. Su levita, ajustada, ceñía el noble porte de un espíritu fino, pulido, aljofifado por la sutilidad de la política. Tembló una ovación en la sala. El Sr. Oliva se acurrucó bajo el regazo del Sr. Teso. Se hizo el silencio. Jadeaba el ambiente de ansiedad.

El Sr. Gobernador pergeñó unas frases que nosotros no percibimos

con el trasiego de los rezagados que ocupaban sus butacas. Después el señor Teso peroró durante diez minutos inacabables. Su palabra entrecortada, premiosa, tímida como una sensitiva ante aquella Asamblea de labriegos que clavaban su mirada como la hoja fina de un puñal toledano, tropezó muchas veces, cayéndose, sucumbiendo en las garras de una operosidad pueril y gazmoña. Y ya en el terraplén de la desdicha urdió un parrafito sin frios, sin calor, sin alientos. La ocasión era suprema. Hubiérale bastado decir:

“Sr. Gasset, los labriegos salmantinos, olvidados de los negreros de la política española, tienen conciencia de su misión, y de su historia. Para la Madre España tienen estos sacerdotes de la naturaleza la cinta de oro de sus espigas y el broche argenteo de sus prados fecundos.

Para las hienas feroces de la devastación nacional tienen esos hombres sencillos el filo cortante de sus hoces vengadoras. Id a decir a los Poderes públicos que los hombres de estos llanos ocres, no son manadas de corderos mansos, sino diques formidables de conciencias que sienten el ideal de una patria más sana y el sentimiento colectivo de un pueblo que vive.”

Pero no, el Sr. Teso ha hecho un discursito incoloro, vacuo, banal. Preso de un miedo cervical ha mascullado:

“Ahí están esos hombres de cara afeitada y de manos callosas...”

Y allí los ha dejado entregados a los callivosos y a las navajas barberas. ¡Como si el ideal de una clase se concretase en tener callos en las manos!

Después, el Sr. Gasset ha comenzado su peroración.

Verter en unas impresiones mal hilvanadas cuanto ha dicho el señor Gasset, sería pretensión ingenua. El Sr. Gasset, con una voz cascada, terrosa, blanda, anautillada, ha hecho un discurso efectista, sin argumento, incoercible, sin carne y sin trabazón substancial y doctrinaria. Los párrafos coordinados con un acarreo de cosas manidas y trilladas tenían la musculatura de la carne fofa, faldera y ternillosa. Hubo un momento de emoción. El Sr. Gasset, político al fin, conocedor de los resortes escénicos, pintaba el espectro del hambre cernirse sobre los hogares rurales. Y más que por la rotundidad de la pintura, por un fenómeno de realidad social que todos sentíamos ahogar en el espíritu las pulsaciones de una verdad tan absoluta, tan inexorable, tan palpitante, los sentimientos ungidos por una protesta contra la política quietista, contra la cuádriga que ha devastado la patria española con sus coces incohibidas, se desbordaban iracundos. Y entonces, el Sr. Gasset, ya dueño del auditorio, lo hizo estremecer agudizando la sensación.

El Sr. Oliva, sudoroso, amoratado, mordía sin cesar su veguero. Ya cuando los pechos enardecidos estallaban en ovaciones, restallantes, co-

hibido, escondió su figura hurtándola a la voracidad hostil de la muchedumbre. Semejaba el símbolo de todos los títeres que han paseado su desaprensión por el escenario trágico de la tumba española. En su conciencia bailaba la zarabanda monstruosa de tantos hogares donde el hambre guadañaba sus víctimas, y los pueblos, agarratados por las miserias huían en caravanas leprosas hacia el mar, apaleados por la furia de las amarguras, llevándose en sus labios una maldición para la madre Castilla.

Y de allá, de los campos sin agua, sin caminos, sin escuelas, sin higiene, sin dinero, sin abonos, sin máquinas, la madre Castilla abriendo su pecho a la serenidad de su inocencia, tendía su dedo acusando virilmente, estigmatizando, maldiciendo de una política que arrancaba de sus ubres inexplotadas a los hijos garridos de sus llanos gloriosos... Terminó el Sr. Gasset. La ovación se renovó pujante y ardorosa. Unos vitores sentidos que olían a heno y a esperanza, a tierra fecunda y a lamentación sincera, cerraron la página de esta epopeya alicaída, contrahecha, jorobada y baldía. Los labriegos desfilaban en grupos, que pronto dejarían el hervor frívolo de la ciudad ahita. Allá en la línea azul del horizonte indefinido dormía Castilla la modorra secular de su sueño de siglos. Aquí, unos hombres celebraban la comedia de su coronación.

Y allá, los campos entonaban la elegía de su desconsuelo. El contraste arañaba las entrañas de la pura justicia. ¿Mas qué importa? Mañana, pasado, estos hombres «de caras afeitadas y de manos callosas» acudirán sumisos con sus puñados de cieno a cerrar más hermético el sepulcro donde yace la conciencia española. Y el Sr. Oliva, elegido otra vez Diputado, podrá mascar sus vegueros aromosos, rascándose tranquilamente su barriga, allá en los dulces sesteos madrileños...

.....

Llegamos al Hotel Comercio. Era una noche límpida, serena, romántica. Las estrellas bailoteaban sus danzas de plata en el plumizo raso de los cielos. Los arbutos de la glorieta de los Bandos retorcián sus brazos esqueléticos en la penumbra nocturnal. Cantaba un sereno su monótona melopea. Poco a poco iban entrando en el zaguán del Hotel los conspicuos liberales salmantinos.

Llegaba el Sr. Barrado enlazando su brazo en el del Sr. Requejo con su eterno bastón legendario. El Sr. Esperabé con su menuda y móvil apariencia regentaba otro grupo de prosélitos empedernidos. El señor Díez (D. Antonio), entraba en el zaguán abriendo su boca tapizada de suaves irisaciones capilares. El Sr. García (D. Basilio) se atusaba, machacón, su lunar enramado.

Cuando entramos en el comedor del «Comercio», las mesas alineadas brindaban su histriónica apología. Se fueron poblando los asientos. Entró el Sr. Gasset, el Sr. Oliva. Comenzó el servicio. De repente, en un ángulo del salón, se arma una trapiesta formidable. Los pocos pelos del occipucio del Sr. Esperabé se erizan tensionados. ¿Qué pasa? ¿qué

ocurre? preguntan mil voces entrecortadas por la emoción. Por fin se tranquiliza el ambiente. No ha sido nada. ¡El Sr. Nava que ha sorbido el thé con tanta fruición que ha dejado vaciar media taza sobre su chaleco de fantasía! Prosigue el ágape. Las conversaciones se generalizan, en batallas de chistes chispeantes y lagoterios.

El Sr. Teso aupado por la cordialidad del medio, se atreve a insinuar un golpe. ¿A que no sabe V. en qué se parece un ciego en curación a don Enrique? interroga al Sr. Gasset. Estupor general. Los bocadillos de foie-grass se detienen en las bocas atónitas. ¡Bach! exclama D. Nicolás. En que espera... ver... ¡oh! claman las gargantas desternilladas de risa. Al Sr. Barrado se le atraganta el bocadillo de hilaridad. Por fin llega la hora del descorchen. Y entonces D. Enrique, estirándose, abotonando su americana, pronuncia una perorata entonando un himno a Salamanca y al partido liberal. Y ya en la apoteosis del torrente fresco de su elocuencia dicharachera, afirma que el único partido organizado en Salamanca es el partido liberal. Isidro, meloso, almirado por la miel de los pipopos, disecciona un trozo de jamón de York. Y poseído de una alegría infinita, nervioso por las burbujas del champagne que hormiguea en su cerebro empastado de tantas lisonjas, pega un papirotazo sobre la frente embombada de D. Enrique, da un saltito y comienza el segundo turno de la sesión. Los encomios al partido liberal se agrandan, crecen, forman una ola arrolladora que se deshace en espuma meliflua sobre las huestes leales.

La emoción es altísima.

El Sr. Díez, transportado al cielo de sus ilusiones, llora como un niño. D. Enrique sorbe las lágrimas que se atropellan en sus mejillas tersas. Y al acabar el turno el Sr. Gasset, todos, en un abrazo fraternal, íntimo, indisoluble, juran por las cenizas del zancarrón de Mahoma, pelear hasta morir por la democracia y el liberalismo. Hay vitores sonoros, ovaciones cerradas, efusiones cordiales, brazos que se ligan y ojos que se anublan. Suenan las vocinas de los autos resoplantes. La caravana se pone en marcha hacia la estación.

Allá en el salón del comedor queda el Sr. Nava batallando con una fuente de huevos hilados.

.....

Conforme caminamos hacia la estación, cruzan los coches raudos, veloces, dejando sobre la alburra terrosa de la carretera, botones de fuego que ziszaguean en la oscuridad. Pita una locomotora lontana. Cuando llegamos al andén, los grupos se apiñan en torno del Sr. Gasset. Se entrechocan los adioses, las promesas, las afirmaciones. Los expedicionarios ocupan los asientos del convoy. Las manos enlazadas se dicen la postrer despedida. Suena algún viva. Canta un esquilon unas campanadas disformes y detonantes. Silva la locomotora. Crujen los herrajes. El tren está en marcha. Los brazos se agitan en el último adiós. Parpadean las luces coloradas del furgón de cola. Después nada. Ha salido una luna gualda, con su boca-

za desportillada, que lanza sobre los grupos que vuelven, una risotada diabólica y zumbona. Se ha corrido una estrella...

David Rayo.

EL MITIN EN BRETÓN

Con enorme concurrencia principió el acto, y después de unas palabras del Sr. Alcalde, en las que explica el por qué el Ayuntamiento lo preside y las esperanzas de que resulte tan serio como ordenado, concedió la palabra a don Pascual Meneu.

Este señor, nos dice, habla en representación del gremio de las lavanderas, y después de un saludo para los estándares de los gremios y de un ligero jabón de propaganda, haciéndonos ver las excelencias que con la agremiación obtendrán las lavanderas, la existencia en caja de los fondos de la sociedad, etc., etcétera, entra en materia diciéndonos que el trabajo dignifica y la política en España es contra la dignidad. Para demostrarlo, nos cuenta tres ejemplos de la vida real, empezando por sí mismo. Asegura que por servicios prestados por su familia a determinada personalidad, ésta, lejos de recompensar de su cuenta esos servicios, proporcionóle un destino en el negociado de quintas del Ministerio de la Gobernación, en cuya oficina se dedicaban a jugar a la pelota, con el beneplácito del jefe (que no sabemos si llevaría el tanteo).

Como premio al no hacer nada, ascendieron todos los oficiales y él fué a regentar la imprenta del Ministerio de Gracia y Justicia, hasta que al ser ésta suprimida, quedó cesante.

Siguió con otros dos casos prácticos de su pueblo y de su cátedra, contándonos todas sus cuitas en la mayor intimidad posible.

Remontóse, por último, a las sublimidades del arte, hablándonos de los monumentos y contra la opinión de la Junta de este nombre, protestó del proyecto de unas obras particulares en la Plaza Mayor.

Don Cándido Rodríguez Pinilla habla en nombre del partido liberal, y a pesar de lo difícil de su empresa, estuvo afortunado, supliendo con su ingenio el desairado papel que se le confiara. Combatió la inercia del partido datista y amplió considerablemente en su proyección, la escasa labor del Gobierno actual.

Como soluciones, nos habla de facilidades a la importación, dificultades a la exportación, mayor impulso a las Obras públicas y el concertar un *modus vivendi* con Portugal, para un apoyo recíproco en la cuestión de fronteras y aranceles.

Don Pedro Urbano G. de la Calle habla en representación de la Unión republicano-socialista, y en tal sentido, dice, lo hace como hombre de convicción, no como sectario. Con exquisita delicadeza y modestia excesiva, dice, no ser perito en estas materias, lamentando que el Sr. Bernis por enfermedad no pudiera ilustrar al auditorio.

Agrega, que ya que no con la competencia de la ciencia, hablará con la sinceridad de su corazón, al que ciertamente no ha de poner sordina.

La guerra europea es el comodín de los Gobiernos al que achacan todos los males actuales, siendo así, que estos existían antes lo mismo, si quiera el actual conflicto les haya agudizado.

Como soluciones, cree debe limitarse la exportación y los privilegios de determinadas compañías monopolizadas como la Azucarera.

Opina como Giner de los Ríos, que la enseñanza económica debe formar parte de la instrucción primaria, para la formación de los corazones y cerebros que tienen luego que manejar riquezas sin conocer los fines propios de éstas en relación con ellos y sus semejantes.

Ni avaro ni ambicioso, dice, me ha preocupado siempre de manera honda el fin económico, por ser él de manera poderosa la más firme garantía de la dignidad personal.

En nombre y representación del partido local maurista habla el joven abogado y escritor, Sr. Iscar (D. Fernando).

El pueblo y todos somos pueblo en esta multitud agraviada, en esta misión de rebeldías y ansiedades - el pueblo, digo, no creo que nos pida en la hora dramática, precursora del hambre para muchos y precursora de la lucha para todos, un racimo de ideas o un chorro de retóricas, pues no se trata aquí de aliviar necesidades del espíritu, ni de divertir al pensamiento ocioso, sino de tendernos los brazos para recorrer el camino que sea el de la amargura o el de la victoria en fraternal y apasionado conjunto.

Pero la acometividad nuestra, en ese terreno y en esta ocasión, podría interpretarse como ensañamiento de la pasión oposicionista, como una habilidad política - tan inoportuna como estéril para contribuir al desprestigio ya máximo de las pandillas tur-nantes.

Parece que es llegado el momento de que, serenamente, sin barricadas ni alborotos, se opere en España esa revolución honda, intensa y fecunda, que nosotros reputamos salvadora, que ha de realizar la parte viva y real de la nación, todo el pueblo y todos los pueblos, frente a la comiquerías funestas del mardrileñismo imperante.

Para eso, para volver los ojos y el espíritu a las miserias y lacras de nuestra pobre Salamanca olvidada, para buscar entre todos el pan que falte a uno de los nuestros y

el bien que necesite la ciudad y el pueblo: para realizar en Salamanca, ¡siempre en Salamanca! una ruda tarea de inquietud y de rebeldía, para destruir los tinglados de la farsa y crear una ciudadanía independiente y honrada, para preocuparnos constantemente de nuestros afanes y problemas de nuestros obreros y de los hijos de nuestros obreros, de la casa que habiten y de la comida que les nutra, de las escuelas en que todos aprendamos, de los jardines para nuestro recreo, de los templos para nuestra devoción, de la higiene para nuestra salud, de las fiestas para nuestra expansión, de la hermandad para nuestros dolores..., para hacer una obra fundamental y renovadora cristiana y social de generosidades y sacrificios, de entrañable unión entre todos, contad, a partir de hoy, con la impetuosidad de nuestra juventud y con la fervorosa asistencia de los mauristas salmantinos.

Don Víctor Mulas asegura que el malestar es general y llegada la hora de que los Gobiernos se preocupen de ello, para lo que, como para todo, el ruido es factor importantísimo.

Termina pidiendo un plus en los salarios y protección para las cooperativas de consumo.

El Sr. Santa Cecilia habla por las Sociedades organizadoras de este acto y dice ser difícil su situación.

En un párrafo elocuente, pinta de mano maestra el malestar del obrero, que ve desaparecer del hogar hasta el cariño de los suyos, pues no cabe cariño cuando sólo hay penas y no hay pan que repartir entre la mujer y los hijos.

Culpa a los Gobiernos que por falta de voluntad no se ocupan de este malestar.

Detesta los aranceles protectores, que favorecen la competencia de la ineptitud y rutina de varias industrias y dice que el Gobierno que no tiene solución, no debe pedir las al país, sino marcharse antes de que lo echen.

Anatematiza a la burguesía, que sostiene a los Gobiernos de pandilla y a su sombra hace los negocios, chicos como su espíritu.

Increpa también a los obreros que no supieron luchar por su trabajo y su salario, conformándose con ser un pueblo de asilados.

Fustiga, igualmente, a los negociantes que con estas circunstancias aumentaron notablemente los rendimientos de su industria y no el sueldo de los operarios, alabando la proposición del señor Estefanía en el Ayuntamiento de elevar los sueldos y jornales en un 10 por 100 que nadie ha imitado.

El Sr. Unamuno dirige la palabra al público como presidente honorario de las dos sociedades organizadoras del acto. Hubiera preferido como tal hablar en el Arco de la Lapa, en la casa solariega del obrero, pues en el Teatro se acuerda de los juegos florales y teme de esto el mismo resultado.

Afirma que el acto es político en extremo por que venimos a hacer ciudadanía. Gobierna su partido llamado liberal, con la ayuda del democrático y del reformista.

Existe un silencio pre-eleitoral, de elecciones de mudos de palabra si no lo son de entendimiento. Sube el trigo y no subirán los jornales, pero sí las rentas y suben aquí pero no en Bilbao, que allí hay pueblo y donde hay pueblo no hace falta amenazar, porque la amenaza es latente.

En guerra hacen falta medidas de guerra y no de protección de agiotistas y propietarios.

Recuerda su labor por la supresión de los consumos que no agrava la situación.

Aquí vienen representantes de todos los partidos o comités, pues yo confundo en algunos el comité y el partido a buscar el pueblo que no tienen.

Viene el Sr. Pérez Oliva y yo le felicito porque entiende que vale más esto que escribir mil cartas, porque entiende que las elecciones las hace solo el pueblo y no el gobierno.

Le desearía la lucha porque el artículo 29 representa una modorra propia de perros de presa o manadas de borregos.

Aquí se hace la política verdad, política general y no del conde, ni del duque que eso es un absurdo; política de abajo a arriba porque la hace el pueblo. Detesta a los que venden el voto y afirma que los que compran los votos son los que encarecen las subsistencias.

Cuando el pueblo tiene conciencia de sus actos no precisa de motines para asaltar las paneras sino que éstas se le abren. Soluciones no cree debe darlas sino el que aspire a legislar como el Sr. Pérez Oliva.

Este señor habló a continuación empezando por decir hablaba como invitado, no como representante del distrito. El acta, dice, no la busqué nunca en el Ministerio sino en el Arco de la Lapa, en los Hijos del Trabajo, Dependientes de Comercio, etc., y si escribo muchas cartas es por comunicarme con vosotros.

Soluciones sólo el Gobierno puede tenerlas y que de ello se ocupa os lo demuestra la prórroga pedida de la ley de subsistencias. La mayoría cidental a la importación, difícil-

tar la exportación, mayor impulso de las Obras Públicas, proporcionando así trabajo a los obreros, parecen las medidas propias y adecuadas, y en último término, si no el aumento del salario con carácter permanente, el plus de guerra a que antes se ha aludido, como temporal y en las industrias que lo consientan, no en todas.

Terminó ofreciéndose como siempre y a todos.

El presidente de la Federación, dió las gracias a todos y se leyeron y aprobaron las siguientes conclusiones:

1.ª Que el Gobierno prohiba absolutamente la exportación de todos los artículos de comer, beber y arder.

2.ª Que el Ministro de Hacienda dicte un Real decreto dejando todos los puertos libres de impuesto a los artículos de comer, beber y arder.

3.ª Que el Gobierno vea el medio rápido de conceder un crédito extraordinario de los Ayuntamientos para que éstos creen cooperativas de consumo de artículos de primera necesidad.

4.ª Que el Gobierno prohiba en absoluto la exportación de los artículos del ramo de zapatería.

Conclusiones que se elevarán a la autoridad local:

1.ª Que la tahona municipal intensifique su producción.

2.ª Que estudie el Ayuntamiento el establecimiento inmediato de una cooperativa en donde se expendan los artículos de primera necesidad.

Después recorrió la manifestación el proyectado recorrido haciendo entrega al señor Gobernador de las conclusiones aprobadas.

Tanto el mitin como la manifestación ordenados y concurrentes y ahora esperamos que el Sr. Urzáiz y don Amós hagan la felicidad del país. Así sea.

Un ruego al Sr. Alcalde

Llamamos la atención del Sr. Alcalde para que ordene al Arquitecto Sr. Secall que reponga la acera o pasadizo que pone en comunicación la calle de Toro con la del Azafrañal en la plazuela del Liceo y en el frente de la casa recién construída en la mencionada plaza.

Y nuestro ruego encarecido se hace más firme si considera el Sr. Alcalde que en días de lluvia es intransitable la plazuela del Liceo por el fango que se forma en ella, cosa que desdice de la urbanización más elemental en una de las calles más céntricas de Salamanca.

LA REVOLTOSA

GRAN ZAPATERIA
La que más surtido tiene y más barato vende en Salamanca, por tener la exclusiva en esta plaza de las mejores fábricas de calzado de España, por lo que puede vender con un 25 por 100 de economía, siendo su calzado de inmejorable resultado.

Lámpara TUUGSRAN
de filamento metálico irrompible
POCO CONSUMO
MUCHA DURACION
MUY BARATA
Jesús Rodríguez López

Un bigote menos y unas calvas más

Lector, estamos perplejos, anonadados, turulatos. Una profunda sensación de estupor embarga nuestro ánimo sensible; tenemos la firme, la absoluta visión angélica de este querubín rubicundo, transmutado en la figura blonda del Sr. Romano.

Y era tal el ritmo cadencioso de su estética impecable, angélica y repulida, que nuestro curioso atrabiliario jamás osó poner sus críticas pecadoras sobre la armonía definitiva del Sr. Romano.

Pero, ved ahora, que en este momento en que traspone el umbral del salón del Concejo, con la avidez acosadora de posar nuestra inquisitiva mirada sobre los escalones rojos de la sala, una impresión alucinante, diabólica, lucifera, hiende en nuestros entresijos la fría puñalada de una decepción.

El Sr. Romano ha rasurado íntegro su bigote maravilloso, que semejava una línea de fuego.

Lector, ¿tú concibes una depilación más infame, más artera, más amorosa? ¿No haber dejado ni un solo tallo capilar que ondeara triunfante del tremendo azote de la vil y puerca navaja barbera?

Figúrate nuestra emoción, lector amigo, tener que renunciar a la visión global, armónica, prerrafaelica de este arquetipo aurífero, sentado entre las dos visiones macabras del Sr. González (don Lino) y del Sr. Sánchez Pérez!

Ha sido horrible, escombros, fatídico. Después, esta sesión monstruosa, abortiva, ha ido agudizando nuestra hostilidad emotiva y sin querer, ya artillados en la mala impresión de este bigote del Sr. Romano, desaparecido tan niño, tan juvenil, en plena pubertad, nosotros hemos ido de la mano de un pesimismo truculento.

Y por los relejes abiertos a nuestro cauce emocional, hemos posado nuestro antipático husmeo en la figura tristonía, acipresada del Sr. Vázquez de Farga. Y otra decepción.

Su gentil y amatoria personalidad, vibrante y abroquelada por la legendaria epopeya de los tercios; su garrido porte de capitán bravo, que torna de las llanuras flamencas con el penacho florido de sus mocedades, en ignición galante y frívola, acuciadora de grandes empresas y debanales torneos amatorios; en este capitán, arrancado de una tabla velazqueña ¿sabes, lector, lo que hemos descubierto?

Figúrate... una leve calva, apañada, encubierta por su broncínea cabellera; peinada con astucia gatuna! ¡Horror! ¿Lloras, lector? Perdona mi rudeza implable, mi primitivismo salvaje y sin alifios.

Debí contarte tamaño descubrimiento, poniendo en mis palabras granitos de pudicia, de ambages, de circunloquios.

¿Qué estúpido, verdad? Pues bien: enjuga tus lágrimas y prosigue con nosotros esta peregrinación brutal, descarnada y aquelarresca. Del Sr. Vázquez de Parga cruzamos al Sr. Iscar. ¡Y pámate! Lo que jamás nuestros ojos avizoraron en su perspectiva aguileña, esta noche insoportable, de pesadilla, nos ha mostrado que también la vivaracha carita del Sr. Iscar amenaza por su cráneo reducirse a la monda parvedad de una bola de billar.

Pero ¿sabes por dónde comienza el formidable guadaño en este Sr. Iscar? ¡Por la región frontal!

¿No es para sentir el frío estremecimiento de lo trágico, de lo apocalíptico, el descubrir en el Sr. Iscar que la depilación puede empezar su aterradora misión por cualquier parte? De modo ¿que si a la estúpida rasuradora se le antoja un día, nosotros podemos descubrir en las narices del Sr. Sánchez Pérez la tala inexorable de su bosque peludo? Lector, ¿no es esto para preocupar seriamente?

Pues no para aquí el macabro espectáculo de esta sesión estranguladora de todos los optimismos. He aquí otro florón de desaliento.

El Concejo estaba callado. De vez en vez el Sr. Montero oteaba desde la puerta del salón. El Sr. Marcos Borrego se chupaba con fruición el dedo pulgar. El Sr. Romo aspiraba febril el aroma de una tagarrina adecentada. El señor Mirat miraba con romántica devoción un dije pendiente de su cadena, que reflejaba un alhigüí carnavalesco.

De repente el Sr. Díez Solano entabló un diálogo vivísimo con el Sr. García (don Pablo). Le oímos argumentar: — Que no, que es mejor la galantina.

Después pide la palabra. Y cuando su voz candente, arrebatadora, olímpica, iba a describirnos que el Sr. Oliva se engulló en el thé liberal docenas de bocadillos, cuando su espíritu afinado por el roce con los perreros perinclitos, pulido por la sutil elocuencia de los panaderos ambulantes, cuando su espíritu, repetimos, iba a explotar en una granizada de conceptos trascendentales y supremos, el Sr. La Riva, despótico, tirano y zaresco, ha cortado el hilo de la argumentación con un resoplido displicente y desdenoso.

No hemos podido resistir a la tentación de movilizar nuestros pies, escaleras abajo, ahitos de una formidable rabieta desesperada y maldiciente. Cuando abandonamos el salón, el Sr. Castro tronaba contra el Sr. Iscar que exigía ocho mil pesetas de fianza a un empleado municipal.

¡Y tenía razón el Sr. Castro! Este Sr. Iscar es un tipo exigente, legalista, previsor, antipáticamente previsor, ¿verdad Sr. Castro?

Total ¿qué puede defraudar el empleado en cuestión? ¿Unas pesetas? ¿Que se las lleve! Nosotros, liberales hasta la médula, votamos con el Sr. Castro y que se chinche el vecindario y el Sr. Iscar, y a previsión y todas esas man-

dangas de intereses colectivos.

¿Qué importan unas pesetas después de tener la barriga repleta de foie grass, de galantina, de jamón de York y de manos de ternera? Es lógico. ¡Este Sr. Iscar es tan antipático y tan concejal...!

Un diablillo.

Justo Bajo Avila

Drogas, artículos fotográficos, perfumería de la nación y extranjera, ortopedia, cirugía, colores, pinturas, barnices, brochas, pinceles, etc., etc. Almacenes: Avenida de Rodríguez Sampedro, 2, y Plaza de Bretón, 53. Despacho y escritorio: San Justo, 2

DEL MITIN

El Sr. Pinilla, no se anduvo con chiquitas. Hizo el pagnegrico del partido liberal.

Y decía: "¡Y! véis qué diferencia entre la labor del Gabinete conservador y la del liberal! ¡Fijaos en la obra seria, concienzuda, patriótica del Gobierno, traducida en los decretos de Hacienda y comparad!"

Al día siguiente Romanones echó a Urzáiz por la borda.

¿Qué diría hoy el Sr. Pinilla?

Unamuno fué a comerse a Oliva. Y apenas si se atrevió a mordisquearle un poquito.

Bien es verdad que el diputado se aguantó la dentellada.

Y que como diputado, como orador, como político y como polemista quedó a la altura de un perrillo faldero...

Ni siquiera ladró...

ENFERMEDADES DE LOS OJOS

Clinica de los doctores ALONSO y SALCEDO
PLAZA DE LA LIBERTAD, 9. - SALAMANCA
CONSULTA DE ONCE A UNA

Bromeando

Se está poniendo la España con esto de la guerra más cardiaca que el cardiaco más cardiaco de cuantos cardiacos han existido.

Hemos llegado a un punto completamente puntiagudo. Las discusiones entre francófilos y germanófilos, que ya parecían muertas, han vuelto a su renacimiento y raro es el día que no vemos bofetadas, puñaladas y otros comestibles por culpa del Kaiser y Poincaré. Ayer, sin ir más lejos, estando paseando por la Plaza (cosa rara), vi propinar dos tortas a un germanófilo de las de agárrate y no te me- nees.

Yo recuerdo que cuando era niño solíamos jugar a los toros, a los caballos, al tángano, etc., pero ahora raro es el día que paso por la calle de Toro que no veo a una cuadrilla de belicosos rapaces entregados al divertidísimo sport de jugar a la guerra europea. El juego consiste en lo siguiente: ocho o diez muchachos toman posiciones en las escalinatas de San Juan de Sahagún y otros tantos se sitúan un poco más alejados. Todos ellos están provistos de piedras y a una voz de mando comienza un encarnizado combate pétreo que pone en peligro la cabeza del

transeunte neutral y pacífico que por allí circula. Los guardias asoman de tarde en tarde, pero cuando alguno se arriesga a darse un paseito por el campo de operaciones, los rapaces lo toman por un zepellin y cae sobre el muñeipe una lluvia de proyectiles que pasma. Un día me aventuré a proponerles una paz amistosa entre el uno y otro bando. Al efecto, me entrevisté con los dos cabecillas; el del bando francófilo se llama Matías Recio (a) Joffre y el del campo germanófilo Manuel Manso (a) French, les llamé y al proponerles la paz me dieron una pita... Pitagórica. Estos combates, para los cuales hay un presupuesto de cuatro duros para coser los pantalones y otras prendas, son de una fiera extraordinaria.

¡Pobres muchachos! ¡Qué tranquilos estarán sus papás! ¡Cuántas maldiciones les habrá echado un farmacéutico que tiene su despacho en pleno campo de operaciones!

El día del primer combate estaba despachando un pedido de árnica y en el momento de ir a cobrar recibió tal pedrada en la cabeza, que sin darse cuenta pidió tres pesetas de más al cliente.

Estos trastornos, que dicen muy poco en favor del que los ocasiona, sólo se ven en nuestra Patria. Porque... ¿debemos ocuparnos de la guerra? No, ciertamente, pues tenemos una epidemia en España mucho más peligrosa que las guerras más peligrosas; me refiero a D. Alvaro de Figueroa (a) Conde de Romanones. Y en unos momentos como los presentes, no está bien mirar sólo el mal ajeno.

Ya se yo que cuanto os diga no será atendido, pues tengo por ahí cierta fama de volátil que pasma.

Pero a pesar de todo, esta fiera que nos ha entrado por las naciones beligerantes no tiene razón de ser.

Porque si sólo fueran los niños, menos mal; pero lo estupendo es que las mujeres también empiezan a apasionarse. Dos vecinas de un vecino mío y por lo tanto vecinas mías, se tiraron antes de anoche de los pelos por causa de si el Poincaré era más guapo que el Kaiser. Oid el diálogo que tuvieron:

—Oye, Analeta, ¿oservo

que te estás poniendo inocuabilitable con tus manfas por el de los bigotes.

—Mira, Recesvinta, con mi Guillermo II no te metas, porque es el tío más cañí que come sopa de yerbas.

—Pero... ¿habráse visto? ¿Lo llamas cañí? ¡Valiente asaúra! ¡Más antipático!

—¡Ni que lo hubieras tratado!

—Yo precisamente, no. Pero una tía de un primo de un sobrino de una amiga mía fué conocida de su nodriza.

—¡No eres tú poco retrospectiva!

—Soy como me da la gana. No puedo tragar al tu ídolo. En cambio don Poincaré sí que es canela.

—¡Un vegestorio! Igual que tú.

Más vale ser vegestorio que no pingo.

A raíz de este amable y delicado diálogo comienza una sinfonía de golpes tremendos Y que conste que esos golpes son de los que hacen llorar (igual que algunos míos).

En resumidas cuentas, terminan en el estado más lastimoso. ¿No os parece esto ilógico? Claro. Yo os considero

tan sensatos como yo, y... no es favor (para vosotros, se entiende) y como al freir será el reir, podremos decir con Wifredo el Velloso aquello de *La Corte de Faraón*:

El duelo se despide en... cuanto me peguen dos tiros. ¡Qué tranquilo me he quedado!

Virgilio Ruiz.

Salamanca, 22 de Febrero de 1916.

¿QUIERE USTED COMPRAR

sin competencia toda clase de cortidos, cortes aparados, correas de transmisiones, plantillas y las mejores marcas de cueros?

Visite el gran comercio de cortidos de

FLORENTINO RODERO
Corrillo, 32

GRAN CAFÉ TÉRMINUS

DE

FRANCISCO MORETÓN

Exquisito café Moka superior. Se sirven licores de las marcas más acreditadas.

SALAMANCA.—Calle de Toro

A los enfermos de los ojos

Eusebio Camazón, Médico-oculista
Horas de consulta: de once a una y de tres a cinco. Espoz y Mina, 8.

IMPRENTA DE CALATRAVA
a cargo de Manuel P. Criado.

PASTILLAS PEREZ ANGELICAS

REBOLLO

La TOS más pertinaz y el CATARRO más rebelde se curan y desaparecen radicalmente tomando una sola caja de las maravillosas PASTILLAS ANGÉLICAS de PEREZ REBOLLO. De magníficos resultados en la TOS FERINA. El importante Almanaque Bailly-Bailliere del corriente año recomienda las PASTILLAS ANGELICAS en su *Pequeña guía de medicina práctica*. Se venden estas pastillas en el Centro Farmacéutico de esta ciudad, Doctor Piñuela, núm. 3, y en la Droguería de Justo Bajo.

Depositarario general: Alfredo Pérez Rebollo LA FREGENEDA

La Unión y el Fénix Español

COMPANÍA DE SEGUROS UNIDOS

Capital social: 12.000.000

de pesetas efectivas

completamente desembolsado



Seguros sobre la vida.

Seguros contra incendios

Cuarenta y ocho años de existencia.

Subdirector en Salamanca: Don André Pérez Cardenal.
PLAZA DE LA LIBERTAD

AURORA COMPANÍA ANONIMA DE SEGUROS.

Capital suscrito. 10.000.000 de pesetas.

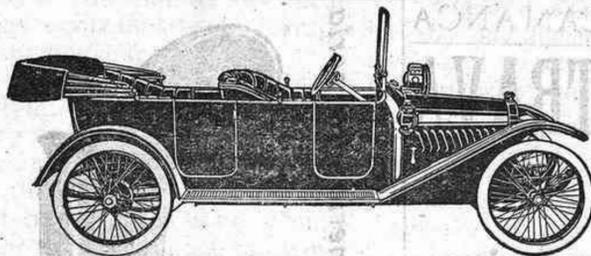
Capital desembolsado. 3.000.000 de pesetas.

Efectuados los depósitos y funcionando de acuerdo con las prescripciones de la ley de 14 de Mayo de 1908.

AUTORIZADA POR REAL ORDEN DE 7 JULIO 1909

Seguros incendios. { Edificios, Industrias, mobiliarios, cosechas, etc.

Subdirector en Salamanca: D. RAFAEL BEATO Y SALA-ABOGADO
DOCTOR RIESCO, NUM. 19



Woods Mobilette

Modelo 1916 (2.025 pta.)

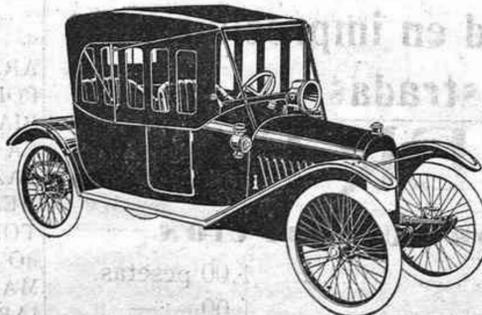
Coste, 405 dollars, completamente equipado, franco en Harvey (EE. UU.)

Economía

Gomodidad

Rapidez

Seguridad



Para info mes,

en esta

Administración



